

Grifé & Escoda, 7 de enero de 1948

Esta elegante sala de exposiciones, felizmente inaugurada con algunos pintores de calidad, de primeras firmas de nuestros días, nos da nueva ocasión de decir públicamente que es Barcelona, relativamente a su censo ciudadano, la primera capital del mundo en cuanto a producción pictórica. Lo es también en cuanto a la atracción, que el Arte en general ejerce sobre una espontánea solución de las masas.

Durante mucho tiempo hemos venido deseando que entre nosotros se produjera el hecho, beneficioso para la cultura, de que las artes adquiriesen el rango social a que tienen derecho por sí mismas; y ese hecho, casi maravilloso, se está produciendo entre nosotros. Y es Barcelona el lugar privilegiado de la tierra donde hecho tan relevante se realiza.

Cierto que no de manera igual para todas manifestaciones de Arte, pues por ahora predominan las de la Pintura y aun -como veremos- de manera harto parcial o restringida. Para la escultura no hay igual atención, aunque bellas obras de ella se producen en nuestro tiempo. La Arquitectura dignifica sus medios, apura su técnica, pero no se da la oportunidad todos los días de edificar más templos o palacios que esos, que lo parecen a medias, erigidos bajo signo de deleznable de la diosa moneda. Las aficiones musicales del pueblo barcelonés son bien conocidas y acreditadas en periódicos conciertos instrumentales y vocales... aunque el teatro lírico padezca las consecuencias de una honda crisis universal; crisis que, por otra parte, nadie trata de conjurar. En fin, otras manifestaciones, entre ellas la literaria, son menos felices, como si el antiguo genio, tan admirado, de las Letras españolas, estuviera sumido en una larga siesta.

El auge evidéntísimo de la Pintura confirma ahora el largo y bien ganado prestigio del genio pictórico español y a la vista tenemos estos cuadros que, si no representan de manera total a sus ilustres autores, todos ellos nos son conocidos que bien sabemos lo mucho que para el Arte representan sus nombres. Además, apenas una obra sólo, ni dos, podrán darnos idea cabal y completa de lo que un artista es capaz de hacer en honor suyo y a favor nuestro.

Yo no sé si la gente, aun aquella gente más culta que compone el constante y ferviente público de las exposiciones cotidianas, se da cuenta de este favor, de este beneficio a que me refiero. Las exposiciones son públicas y gratuitas, salvo rara excepción, justificable por alguna razón económica. Se accede fácilmente a ellas y en ellas se absorbe ese beneficio, ese provecho espiritual, gozando de un espectáculo estético gratuito. Los otros beneficios de la cultura no pueden ser adquiridos sin dispendio, aunque es verdad que la arquitectura, a lo menos en cuanto a su aspecto exterior o fachada -que es allí donde se suele echar el resto- también se deja contemplar gratuitamente. He aquí pues, su beneficio de orden social muy señalado, que las solas circunstancias lograron organizar y que está al alcance de todos y al margen de tanta precipitada cortesía y al margen también de aquella parte que en el hecho toma la organización del negocio, sin cuyo estímulo no habría modo humano de organizar cosa alguna en un tiempo en el cual el negocio es resorte mágico

que todo lo pone en movimiento. ¿Sonó un poco crudamente esto de “negocio”? Bien: pongamos *necesidad* y con ello velaremos la verdad, ni negarla, con su eufemismo. Los ideales andan tan decaídos y famélicos que apenas tienen voz para contar la ventura de aquellos que quisieran apartarse del ruidoso tráfago vital, recitando con Horacio la Oda que comienza: “*Beatus ille qui procul negotiis...*”

Como hay un clima físico y hay otro social y moral, hay un clima estético dentro del cual nos criamos. Y así como los hechos históricos sintetizaron a lo largo de la Historia el carácter verdadero de la humana progenie, son los hechos artísticos los que con más vigor y verdad nos dan, en firmes rasgos sintéticos, el retrato verdadero del alma humana. Y creo que si nos importa nuestro bien parecer en el futuro, debemos tener muy en cuenta esto: que nuestras obras, siendo ellas la más genuina expresión del espíritu que nos anima, deberán ser tan íntimas, tan verdaderas y perfectas como seamos capaces de producirlas. Las ñoñeces, las falsedades, las mixtificaciones igualmente retratan a sus autores, de modo que muy pronto la máscara se cae y descubre el rostro. No hay escape posible ante las sentencias del juicio histórico.

El clima estético en el cual nos venimos criando no es, por cierto, tan saludable como lo fue en otras épocas de la Historia, no menos turbulentas que la actual. Hay gentes tan cándidas que creen sólo posible un florecimiento de las artes en etapas de paz, y sin que nosotros creamos ser axioma la frase de Stendhal cuando atribuye el genio de los artistas del Renacimiento italiano a las siguientes de la vida ciudadana de aquellos tiempos, algo puede haber de cierto en ello. Pero en el fondo de este pensamiento hay misterio, siendo ya de suyo todo misterio una cuestión de fondo. El mundo actual ha venido y viene pasando por enormes calamidades, a las cuales no fuimos ni podríamos ser ajenos, bien que nuestras artes no se han dado por aludidos. Si se exceptúan los esfuerzos creadores de José María Sert, quien atinadamente eligió la expresión barroca para gritar y gesticular desde los muros con furia apocalíptica, casi ninguna obra de Pintura parecerá incorporada al torrente circulatorio que arrima la vida actual. Parece vivir sin inquietudes.

Y es que apenas si el Arte de nuestro tiempo es actual; casi no actúa, retraída en sí misma, contemplándose a sí misma -como en la fábula de Narciso- en las aguas muertas del Pasado.

Y ahí el clima estético a que antes me he referido. Sería sobremanera injusto imputar a los artistas la formación de ese clima, pues ellos sólo pueden contribuir al aprovechamiento de él... como pueden si yerran, desperdiciar su provecho. Tampoco es el público, aún el público culto, quien lo crea. Artistas y público viven los climas producidos por las circunstancias históricas, siendo como es la historia deidad de esencia temporal y siendo, como son, los tiempos de esencia contingente y variable.

Ahora bien: hay una manera de vivir al margen de lo actual y es cerrando nuestro sentido a toda circunstancia. Para no tomar parte en las inquietudes estéticas de estos últimos tiempos no hay como ignorarlas, desentenderse de ellas. En esto hay sin duda, más que egoísmo. Debilidad, timidez y un poco también de comodidad, puesto que, después de todo, no nos va mal en este ten-con-ten, en esta manera de conllevarnos con la circunstancia. Pues ¿no es cierto que las obras son admiradas y adquiridas?

¿No son galardonadas? ¿No dan forma a sus autores? ¿Qué más se les puede pedir? Pues a eso vamos: a pedirles más.

La tónica media de nuestras artes me parece de una naturalidad en exceso normal. Hay que aclarar en seguida que solemos tomar por normal no aquello que es digno de constituir una norma encumbrada e ideal, sino que para nosotros *lo normal* viene a ser sinónimo de *lo corriente*. Bien sabemos todos que hay muchas cosas corrientes que de ninguna manera deben tenerse por normales. La norma es el buen ejemplo... O debiera serlo.

El espíritu burgués -esto es ciudadano- tiene por norma artística la naturalidad. Influyen sin duda en esta tónica muchos factores, circunstancias a nuestra vida y todos concurren a ella; raro será el artista que escape a semejantes influjos. El ambiente de nuestro clima estético es templado, uniforme; de suerte que si en él, de pronto, irrumpiera un intento algo atrevido de innovación, se produciría casi un cataclismo. El espíritu burgués, bruscamente despertado de su dulce sopor, protestaría ruidosamente, espantaría al intruso que vino a turbar su sosiego y volvería luego a sestear plácidamente.

Por el contrario, aquellos cuyo espíritu snobista sólo acepta las extravagancias o aquellas proposiciones de interpretación deliberadamente contrarias a lo normal, gozarán lo indecible con la aparición momentánea de estos meteoros del modernismo. Indudable me parece que los innovadores y sus partidarios acérrimos, son propulsados del progreso estético, pero no son el progreso mismo; así como los apegados a la corriente normal, son los que frenan los excesos de velocidad progresiva y extravagante, pero no son la quietud de lo eterno. Todos son factores aprovechables y útiles, sin ser otra cosa.

Pero es lo cierto que no se llega a progresar, que no logramos acercarnos a las eternas verdades del arte, sin vivir y actuar en algunas de estas pasajeras colisiones, y lo que importa es que lleguemos a redescubrir en nuestras cosas de aparente transitoriedad, lo que hay de eterno en toda manifestación de arte: el latido de lo ideal...

Veamos un ejemplo que acaso aclare lo que vengo diciendo: muy recientemente, en una de nuestras salas de exposiciones, se ha podido contemplar una corta serie de obras de Anglada Camarasa. No pertenecen todas a su producción más próxima, que tanto ansiamos conocer, pero son, en general, dignas de su justa fama, bien cimentada y universalmente reconocida. Pues bien: esa exposición ha distado mucho de constituir un acontecimiento en cuanto a la afluencia de público: No se formó cola, que en estos tiempos es el signo más claro del interés público: No hubo apasionamiento -como Anglada lo produjo en Madrid en 1916 en su exhibición magnífica del Retiro-; aquella serie de grandes cuadros cuya sola vista indignó a "Azorín", improvisado crítico de Arte: "O Velázquez o Anglada".

No ha habido en esta ocasión aglomeración popular... porque lo selecto no fue ni será nunca popular.

A propósito de Anglada, como a propósito de los cuadros de niños de Porcar hemos oído muchas veces decir, como en son de disculpa: estos son cuadros "decorativos". Este dictado parece ser que tranquiliza a ciertos espíritus muy apegados a la ortodoxia naturalista.

Como se entiende mal el concepto de lo decorativo, entre otras causas por la principalísima de que casi nadie se cuida aquí de poner en claro y de

divulgar conceptos fundamentales de arte, no nos pasma que todavía se tenga lo decorativo en opinión de rango secundario, inferior, adjetivo. Sin embargo, el que un buen cuadro sea además, decorativo, no es sino una cualidad estética que tiene de añadidura y que, en verdad, completa su valor.

Esto no se entiende bien, porque falta una verdadera sustracción estética ya sea porque apenas se oye entre nosotros la voz de aquellos que entienden de esas cosas, o ya porque se oye demasiado la voz de los que no entienden de ellas, o por ambas cosas a la vez.

Algunos presuntuosos y nuevos galimatías que leemos con frecuencia, no pueden ayudar a la instrucción.

Ocurre, pues, con lo decorativo, lo mismo que con lo lírico, que tampoco suele ser del dominio público, como ninguna cosa selecta lo es. Una y otra cualidad de ciertas obras de Arte, aunque vienen a ser semejante, nos hacen estimar sobre las demás porque son cualidades por sí mismas elevadas al plano estético ideal.

Recordemos ahora, pensemos, por ejemplo, en aquel lirio que en "Prosas Profanas" canta Rubén Darío; aquel al cual "el poeta pregunta por la amada... Para decirnos que el lirio es blanco, recurre a los más delicados matices de lo blanco. El lirio aquel, "real y lírico" se asemeja a las "blancas dianas de los parques ducales", a "los cuellos de los cisnes", "lino sin mácula de los sobrepellices"; es "hermano perfumado de las estrellas castas", "joya de los abriles"...

Leyendo al poeta, viéndolo matizar tan bellamente su oración, su obra del blanco lirio, ante nuestra imaginación excitada se va elevando la flor, se va estilizando, descubriéndonos en ella valores que antes no advertíamos ni podíamos apreciar, pareciéndonos más noble y más hermosa su forma, de súbito ante nuestro espíritu sublimada por la magia poderosa del Arte.

Así suelen ser los humildes seres florales en la pintura de Anglada, con su forma y con su color estilizado por el espíritu poético del gran pintor. Flores "decorativas".

Este principio de estilización es justamente, el elemento lírico que el artista, por su propio ministerio, se obliga a descubrirnos en todas las imágenes que la creación le confía; no traslada, pues el artista verdadero a sus obras las formas reales tal como las halla, sino que, al estilizarlas, las transforma, de reales o naturales, en artísticas, en formas simbólicas que aspiran a representar ante nosotros su esencia de eternidad. ¿Cómo quieren Vds. que entienda esto el vulgo urbano? ¿Cómo además, lo entenderá si no se le explica, si no se conduce su educación estética desde donde se debe hacer todos los días? Si las circunstancias nos ponen a nuestro alcance medios de difusión de la cultura y no los aprovechamos, faltamos manifiestamente a un deber sagrado. Y en el caso citado de la exposición de Anglada -como en el hecho de la esporádica reaparición del "Orfeo" de Gluck; en el de la ejecución, por cierto magistral, del poema de Strauss, "Don Quijote; y en el de la exhibición de obras de Sert, todos hechos recientes- se ha perdido un coyuntura preciosa de ilustrar al ávido público deleitante sobre cosas que a su cultura interesa mucho conocer, evitándole el error de formular por su cuenta juicios precipitados y llenos de lamentables, perjudiciales confusiones. Y es necesario decirles a las gentes interesadas en las cosas de Arte lo que de saberlo, no dejaría de mejorarlas. Artistas y público se irían elevando así día

tras día y quién sabe si de este modo llegaríamos a encumbrar a España a un nuevo “Siglo de Oro”!

Como todas las cosas de Arte están unidas por la misma cadena espiritual, no me canso de repetir a los jóvenes escolares artistas y aficionados, que todo aquello que sean manifestaciones de Arte ofrece el más vivo interés a su conocimiento, a su estudio. Es lamentable el estado de ignorancia de los conceptos básicos en que se hallan nuestros jóvenes artistas, salvo raras excepciones que confirman la regla general. Pero así y todo parecen sabios si se les compara con la mayoría del público profano, que apenas sabe nada de arte. A unos y a otros les suele remediar un cierto gusto innato y aquello que, con el tacto da codos, se va adquiriendo con el trato social, en el ambiente de la cultura que todos respiramos. Pero nada más, y eso de ningún modo basta.

Una vida de artista lo es de lucha y de sacrificio. Bien dice Eugenio D’Ors que “el Arte contemporáneo es, o un aprendizaje o una farsa”. Si no siempre se logra la cima a que se aspira, quede por lo menos el noble, el heroico esfuerzo por alcanzarla. La farsa, y cuando no la farsa, la renunciación al Ideal, supone un fraude, una mixtificación de la esencial personalidad del artista.

El contentar las apetencias vulgares, los gustos normales y corrientes, es indicio de pereza, así como ésta es uno de los vicios que dan mayor descontento de sí mismo al hombre. Aquella mordaz ironía de Lope de Vega: “el vulgo es necio y pues lo paga, es justo hablarle en necio para darle gusto”, es algo, si caemos en ello, que se vuelve, siempre vengativo, contra nosotros. Esa es una de las muchas maneras que se nos ofrece de vender nuestra alma al diablo.

II

Ahora bien: nadie está más obligado a buscar justificación o disculpa a los errores que el que de algún modo intenta flagelarlos. Para no ser injustos, tratemos de averiguar las causas que contribuyen a estacionar nuestra cambiante cultura estética.

El estado actual del Arte es en todo el mundo culto, consecuencia del malhadado naturalismo que fue el ideal estético más común en el siglo XIX.

El Naturalismo fue una reacción adversa a las últimas reservas clasicistas y también a los excesos idealistas de los decadentes románticos. Si esa reacción trajo algo bueno, que sí lo trajo, no se dejó de *tomar entonces el rábano por las hojas*. En realidad se puso demasiada esperanza en la ayuda de la Naturaleza pero entendiéndola mal. Los largos estudios que de la naturaleza, o *fisis* humana hizo Miguel Ángel, le dieron de ella el conocimiento necesario para re-crearla sin lengua de lo verosímil de sus formas, pero nunca fue esclavo de la Naturaleza.

Los naturalistas del siglo pasado olvidaron la antigua lección; olvidaron que el Arte, más que de la Naturaleza, va procreando en el Arte misma, va saliendo de sí misma, como los vegetales. Es lección que debemos a la Naturaleza.

La creación de las Escuelas de Bellas Artes, creación del predominio naturalista, y la lenta depuración de los procedimientos pedagógicos dio lugar en ocasiones, a cierto eclecticismo, a cierta aparente conciliación entre los

académicos –clasicistas o conservadores- y los románticos –renovadores o liberales-.

Así, las escuelas se parecían mucho a las cámaras, altas y bajas, dónde ambas tendencias convivían en lucha parlamentaria que iba progresivamente degenerando en tertulia ruidosa y agresiva. Antiguas juntas de claustro fueron verdaderos campos de Agramonte, y los opuestos partidismos esgrimían en ellos las armas crueles de la palabra injuriosa.

Si triunfó el naturalismo no fue por ser la tendencia más conveniente al progreso estético, sino por ser la más asequible a las posibilidades de una mayoría. Esto es la manera de entender entonces la Libertad y es de temer que todavía no se la entienda mejor.

Cuando la Pintura francesa preconizó el impresionismo, aunque sólo fue el de la luz del aire libre, porque el otro, el de la forma y el de la factura ya estaba conseguido y no superado desde el Greco, Velázquez y Rembrandt –por no mentar sino a los tres mayores-, pareció decirse la última palabra de la Pintura. En esa “última palabra” se cree todavía como si se tratase de un asunto de dogma. Los impresionistas estaban, a su vez, convencidos de otra verdad dogmática: la fe en la pintura del “natural” que habían propagado los paisistas ingleses Bonington y Constable. De ahí parte el concepto perturbador de la superioridad de la Naturaleza, de la opinión de que en ella sola está la verdad y que ella es la maestra suprema de los artistas.

Desde el punto de vista del paisajismo es comprensible esa fe ciega en la Naturaleza, porque el campo puede, en efecto, ofrecer temas de suficiente interés pictórico, para que el pintor las traslade confiadamente al lienzo, -cosa por otra parte, nada fácil-. Pero eso no le exime de interpretar como artista lo que la Naturaleza le pone ante los ojos, porque sin que un agudo intérprete trujamán de la idea, nos lo traduzca, no entenderemos el “lenguaje de la Naturaleza”.

El naturalismo nos fue llevando a una práctica quasi fetichista, a la adoración de las verdades naturales tal como ellas son y he aquí porque progresivamente el Arte parecía retraerse y huir de las creaciones de la Pintura naturalista antiacadémica, muchas veces deliberadamente desagradable.

Las nuevas reacciones académicas tendían, en cambio a todo lo contrario: trataban de hacer revivir las apariencias de las imágenes clásicas, sobrado manidas y ya exhaustas de su antiguo y eternal sentido. Como todo extremo es vicioso, del extremo académico quedaron resabios en la enseñanza, pero como también nos dejó el naturalismo, las Escuelas del siglo pasado se formaron al amparo de ambas contrapuestas tendencias, de lo cual sólo podía salir el organismo híbrido o estéril en el cual algunos de nosotros nos criamos.

Cuando, como entonces, una Escuela no consigue ser el centro de formación técnica y espiritual que nos promete su título, el único escape es el afán de personalidad, como en un Estado débil medran y se multiplican las escisiones y los particularismos disgregadores.

En efecto, nada dio tantos brotes de particularismo como aquella alocada tendencia naturalista.

A partir de este hallazgo, -muy parecido al del jugador de *póquer* que se encuentra con el *comodín*- toda otra modalidad no impresionista ha sido más o menos ahogada. No pudieron prevalecer ni los pre-rafaelistas ni los simbolistas, ni el expresionismo –que tuvo sus raíces inconfesadas en el Greco

y en Goya- ni el pretendido cubismo, que no fue tal cosa, ni ninguna tentativa súper-realista. Todas ellas pasaron como meteoros, bien que no fueran enteramente baldías.

¿Qué es lo que perdura? Lo más fácil y asequible a la mayoría. Pero esto no es o mejor, esto no es la Libertad, o una de las formas de éste pobre ideal humano “cuyo sólo nombre espanta” a lo tímidos. Esto es, como tantas veces lo fue, la expresión de la Libertad, por sufragio mayoritario; No la Libertad, sino su máscara cuando no es su mascarón de proa.

La Libertad consiste en hacer bien las cosas, las pequeñas como las grandes y ninguna cosa será bien hecha –esto es: perfecta- si no nos sometemos, para hacerlas, a una rigurosa disciplina. ¿Cómo persuadirnos hoy de que todavía sea el ochocentista naturalismo el ideal más alto, si vemos que cualquier menestral paisajista dominguero es *naturalista* y que el vulgo se extasía ante pinturas que le hacen confundir lo pintado con lo vivo.

Pues he ahí el pecado de origen del naturalismo: tanto reproducir confiadamente la Naturaleza y sus modelos nos ha hecho olvidar que la Naturaleza y Arte son ideas diferentes y confundirlas es error que está pagando la cultura artística de nuestro tiempo.

Otro error fue el de proscribir de la enseñanza el contacto con las obras mejores de la Pintura, por medio de buenas reproducciones. Antaño, los estudiantes de Pintura podían llegar a familiarizarse con grandes maestros del pasado y aprendían de ellos grandes y bellas cosas. Hoy todo lo han de hacer por si mismos, sin ver otra cosa que el modelo de alquiler, sin verdadero contacto con el Arte. Y esto me parece exigirles demasiado.

Veamos ahora de cuan diferente modo, con cuan inmensa ventaja estudian los escolares de música durante sus estudios, que exceden en duración tres años a los de Bellas Artes, las principales creaciones de la música han pasado por sus manos, por su análisis, por su espíritu. Clásicos, románticos, modernos, ninguno de los compositores señeros les es ajeno. Su conocimiento del Arte que van a profesar es así más completa; su formación, más sólida, y aún hay más: No sólo a los pintores y escultores no se les familiariza con los grandes maestros del pasado, sino que ignoran en la teoría y en la práctica que pretenden las tentativas renovadoras del Arte.

Si no en todas éstas, en algunas hay buena fe, buena intención y la Historia nos demuestra como alguna renovación trascendental que fue en su tiempo rechazada, más tarde fue aceptada y glorificada. No, no se experimenta con esas tentativas y desde luego se les niega el acceso en las aulas oficiales y particulares. ¿Qué se diría de una facultad de Medicina que no hubiese querido pasar de los antiguos medios practicados hace un siglo? ¿Qué Escuela ingenieril se negaría a estudiar los avances técnicos? ¿Cómo la ciencia enseñaría la ciencia? Pues aunque parezca incongruente esto es lo que ocurre con nuestros actuales estudios de Arte, ya que de ellos se proscriben lo que pudiera ser tan beneficioso, tanto antiguo como moderno. Y de este modo lo que podría ser de un gran bien para el objeto del Arte mismo, que es su propia vitalidad, a tono con toda otra especie noble de progreso, es un estancamiento pernicioso, una rutina que no puede conducir sino a la negación de aquello que las Artes de otros tiempos afirmaron, esto es: ser la más genuina y alta expresión de la humana energía espiritual.

Ninguna tentativa de renovación, aún aquellas que, como el pretendido cubismo, tengan su buena parte de engañosos, deja de ofrecer algún

elemento aprovechable. Esas tentativas, con su estridor y su violencia, son como lluvias huracanadas que limpian de estacionadas miasmas las atmósfera y barren del suelo la hojarasca supérflua. Tras de ellas se hace más odiosa la vulgaridad. ¿Qué todo eso es difícil? Enhorabuena. Sólo lo difícil es digno de ser acometido y hecho. Parirás con dolor, dijo Dios a la madre del género humano.

III

Los estudios estéticos son desgraciados en nuestro tiempo. Es lamentable sobremanera lo distanciados que de los problemas de la estética se mantiene el público que se dice aficionado al arte y, sobre todo, los mismos artistas. En mis tiempos escolares los estudios estéticos ya era tomados a mala parte. Y sin embargo, ninguna otra disciplina es mejor para educar nuestro sentimiento y ninguna otra nos dará tan juiciosamente el “sentido”, ese sexto sentido que supera a los corporales otros cinco; el de lo inteligente.

Del principio al fin, con más o menos amenidad y clarividencia los libros de estética sólo nos hablan de aquello que nos es gustoso leer, de aquello que, por entrañar problemas de Arte, va con nosotros, profesionales o deleitantes. En su substitución de los antiguos tratados –que son de las cosas mejores que nos dejó el siglo pasado- alguna vez leemos artículos plagados de mal aprendidos sonsonetes y galimatías. Evidentemente éstos no enseñan, y además, aburren, siendo la probable causa del horror a las teorías que tanto suele sentir la juventud escolar.

Divulgar opiniones sobre arte no es torear los problemas con las barbas simbólicas de la pluma; eso es como el toreo hábil, sacudirse esos *problemas con cuernos* que tanto se parecen a un toro; eludir su peligrosidad, hurtar el cuerpo... y el alma...

Por penosa que sea la labor literaria teórica, bien se puede ir diluyendo en ella un credo estético con sus eterna verdades, sin temor a repetirnos, como sin temor nos repetimos en nuestras preces día tras día.

Ello es necesario porque lo único que puede mejorar nuestro clima estético, instruyendo a las gentes más ávidas de saber de lo que suponemos cuando se trata de cosas que atañen al gusto, que tocan tan de cerca el amor propio.

Es menester ordenar los conceptos fundamentales, dar claridad a su expresión; ello elevaría muy pronto un nivel cultural que por sí mismo ya aspira a superarse. De todas las manifestaciones de arte que son parte común de nuestra vida social, la pintura es la más abundante; le sigue la Literatura novelesca, y es la más escasa la Estatuaria. Las tres son las más descuidadas, las que viven más a ras de suelo.

Ello se debe, tal vez, a que son las tres artes más propicias a la tentación imitativa. Alguna de sus causas ha sido ya mencionada, aunque no tenemos espacio para mencionarlas y analizarlas todas. Pero es evidente que viven a gran distancia estética de otras manifestaciones de Arte, como la lírica literaria, ahora muy escasa, y la Musical, mantenida en los habituales conciertos.

De manera ficticia, como si tuviéramos en nuestro armario dos o más almas diferentes, así como nosotros mismos nos comportamos de diferente

manera cuando leemos versos, cuando oímos música, o cuando miramos cuadros en esta vuelta rápida que después de misa de doce damos por las exposiciones los domingos y fiestas de guardar. No nos damos cuenta de que la operación contemplativa, pudiera ser la misma en cada uno de esos solos tres casos aludidos, siendo las obras de forma externa diferente, nada más.

Esta es aberración a la que nos hemos acostumbrado a lo largo de nuestra vida. Pero no deja de ser aberración, porque sea habitual. Pues bien, bueno será que vayamos avivando el seso y entendamos que todas las manifestaciones serias y nobles de Arte no son sino una sola, con formas y bajo signos diferentes. Que en el fondo, -como ya nos advirtió Schelling hace más de un siglo- el Arte es sólo una y todas las Artes son hermanas espirituales. Es lo mismo que venimos explicando a nuestros escolares bajo la forma de la fábula de Apolo y sus hermanas la Musas. Esto es: que todas las artes no son sino formas diferentes de la Poesía, suprema creación del espíritu humano.

Y fijémonos en esto: tan pronto como ponemos alguna atención en este concepto: Poesía, se empieza a operar en nuestro espíritu una reacción maravillosa, y parece como si algo amaneciera en lo más íntimo de nuestro ser; la idea de lo bello, con sus atributos más egregios y prestigioso se alza en nosotros radiante y nos da una momentánea clarividencia. La imaginación se activa y acrece, las formas que surgen de la sombra a la nueva luz se acogen a los giros del Ritmo y todo se embellece y se hace más noble al solo nombre de la Poesía.

Pero también entonces, las obras que corrientemente vemos en tantas y tantas exposiciones, con sus pobres temas, su superficialidad imitadora -y no por eso fácil- con su técnica a veces magistral, bien cimentada en nuestra gloriosa tradición, nos parecen ensayos o estudios parciales, como las vocalizaciones son tan solo preparación al canto lírico, pero que no son él mismo en tanto no se apliquen a una bella melodía, a una idea conmovedora.

Entonces sí, entendemos que el magisterio respetable de los más de nuestros artistas en gran parte nos viene escamoteando la verdad, la Poesía, la cual está solo implícita pero no manifiesta en sus obras.

Y acaso entonces nos acomete y nos consuela una esperanza mesiática digna de sernos explicada por el fervoroso pensamiento de Tomas Carlyle , ya que nosotros no podemos explicarla; tal vez esperemos que el advenimiento de una nueva era de potente estilo no está lejos, y que ella redimirá nuestras artes plásticas de la vulgaridad de sus actuales apariencias. Veamos si no, como en otros aspectos de nuestra producción artística el espíritu eterno de la poesía logró inspirar formas depuradas, veamos como la unidad de particulares esfuerzos amparándose en los progresos alcanzados por la técnica artístico-industrial y bregando en lícita y noble concurrencia logró en breves años producir obras suntuarias, en las mal llamada *artes menores*, dignas de admiración y de manera creciente solicitadas.

Esas desdeñadas artes decorativas solo por error tenidas en opinión de secundarias y menores, están logrando entre nosotros una excelencia que consuela y estimula.

Sería ya demasiado largo de explicar ahora porque le fue permitido a la Decoración lo que no alcanzó a permitirse a si misma a la Pintura. Pero he aquí un esbozo de explicación: el cuadro, por inercia, se deja atraer por el naturalismo; la Decoración lo repele. La Pintura tiende a reproducir lo natural

sin conseguir eliminar de ello lo particular, lo característico, lo pequeño; la Decoración elimina por principio estético todo eso y estiliza, procura transformar y superar los elementos de la realidad. La Pintura –y en gran parte también la escultura- están en prosa y en prosa llana; la Decoración en verso, esto es: en una de las más trabajadas y depuradas formas del Arte. Estos simbólicos metro y rima de la Decoración apenas son tenidas en cuenta por nuestras artes imitativas y de ello se resienten de gran manera.

¿Qué consecuencia debemos deducir de esta disparidad evidente entre la tónica estética de las Artes Decorativas y la de nuestras artes imitativas? Simplemente ésta: las primeras, libres de servidumbre imitadora vuelan con mayor libertad, -con mayor dominio de si mismas, quiere decirse- por ámbito sin límite del ideal, en tanto que nuestra pintura, pese a su maestría técnica por vivir demasiado en contacto con las meras realidades aparentes, no osa siquiera extender las alas simbólicas de su *Victoria*. ¡Y sin embargo ella, como todas las artes, ha nacido para volar!

La primera condición de todo artista es ser en lo suyo, poeta. Los que nos hablen en lenguaje prosaico, bien que correcto y magistral algunos, serán saludados con todos los respetos en los amenos alrededores del Parnaso, pero no entrarán en él.

F. Pérez-Dolz